

LA IMAGEN DE FALLA

EN EL RECUERDO DOLORIDO

Por VÍCTOR ESPINÓS
De la Real Academia de Bellas Artes.

Y a es posible, por desgracia, la biografía del músico genial que acaba de entrar, de puntillas, como lo hizo casi todo, en la inmortalidad. Las pretendidas biografías de seres vivos ni son útiles ni necesarias. Les falta el acto más trascendente de la vida, que es el morir, tras del cual ya no hay vacilaciones, enrucijadas, contradecirse, crear o no crear. Cuando todo es definitivo, entonces, puede, casi siempre, referirse a las generaciones con todo detalle en cuanto a los hechos y, lo que es mejor, con libertad de juicio... a veces.

No se tema, sin embargo, que vayamos aquí a reiterar lo que por biografía suele entenderse, desflorado entre las coronas literarias y los reportajes periodísticos, cuyos perfumes, más o menos finos y penetrantes, han incensado el nombre glorioso con ocasión de su tránsito a la región luciente, por cuya conquista pugnó Falla, incorporándose día a día, gesto a gesto, a la pléyade insigne de los artistas que aman a Dios, creen en Dios y cantan con todos sus sentidos y potencias, es decir, con su obra genial, la divina conmisericordia.

Todos han aprendido ya que Falla era gaditano; su edad casi

proyecta, la relativamente breve lista de sus producciones, cuyo alto mérito, sobre todo su magna significación en la música española, nos fueron—¡cuántas veces, Señor!—sugeridos desde fuera; su formación y sus maestros en el inicio o en el pulimento de su arte; sus viajes, peregrino con tierra nativa en sus sandalias para toda andanza; sus amistades—muchas ahora descubiertas y ondeadas—; su modestia ejemplar, y aun sus «singularidades», que le pusieron, y ponen, en libertad de las lagunas, agresiones mundanas, agua-fuertes que infestan o, al menos, ensombrecen tantas biografías de altos espíritus que se escudaron, y se escudan, sin saberlo acaso, en su sobrehumana condición para agitarse en una especie de extra-humana jurisdicción exenta...

¿No es curioso el espectáculo, curioso y consolador, de un hombre en el que conviven estas dos categorías: el artista eminente adscrito a la gloria, con lo que ella perturba a las almas, sobre todo en su persecución y en su busca anhelante y ruidosa, y el cenobita que fabrica su propio yermo?...

Será inútil que los futuros biógrafos de Falla pretendan separar en su exégesis, o en su mero relato del anecdótico fallesco, estas dos mitades de su vida, sólo comprensible para quien abarque con buena voluntad y mejor comprensión ese vastísimo panorama intelectual y cordial. Será inútil, porque trazar la silueta moral y artística de este hombre de excepción como la de un músico egregio, autor de páginas—ya inmortales—, y «además», o «a pesar de eso», o «no obstante eso», sacudido por poco explicables, extrañas ráfagas de un misticismo más o menos morboso, será, si alguien lo osara, una verdadera, una total superchería. Y menos mal si involuntaria. Porque no es difícil recordar que en los períodos de lucha por la eminencia, hasta conquistar siquiera el dictado de «joven maestro», Falla contaba con cierto prejuicio hostil, nada raro en las historias artísticas del mundo, de los que no conceden sino a regañadientes. —Sí, claro, sin duda; pero...— Y en esas señales del regateo solía palpar la alusión venenosilla...

Todo acabó. Falla, en posesión legítima de su calidad de primer músico de España, de primer músico español de España, y ondean-

do la enseña de la jefatura de una escuela, cuyos jalones, en la doctrina o en la creación, se llaman Barbieri, Pedrell, Albéniz..., ha conquistado también, con su muerte, el derecho a la agradecida veneración de todos y ha abierto la invitación a los capaces... ¿Quiénes son los capaces? No todos los que lo imaginan, claro; pero nombres ilustres podrían aquí ser estampados. No muchos. Entre ellos estará, y está, el que cancele dichosamente el problema, nos consuele del dolor, si queréis, que a la música española plantea la desaparición de Manuel de Falla.

Nos guardaremos de ceder a la tentación. Las cumbres las detenta el que sabe llegar a su cima para orientar o universalizar. Para esto no hay designación, decreto ni intriguilla. Ni siquiera, aunque con fundado optimismo, acerca del futuro, hemos de subrayar con demasiado ahinco el hecho visible de un deslizamiento de la capitalidad musical de España, que las Andalucías venían, por designio de Apolo, acaparando, y a que aspiran el claro Oriente mediterráneo, desde Cádiz, viudo para siempre de la musa que habló a la Noche en los pensiles de España, y cuyo dolor consuelan arrulladoras sinfonías del Betis, hasta los levantinos puertos, novios de Grecia e Italia, y el brumoso y violento Cantábrico, que besa la más vieja civilización de Iberia.

Los capaces, ¿quiénes son los capaces? Los que no se conformen con poner frente al Sol un espejo que devuelva su imagen luminosa, exacta, perfecta, innegable, sí, pero fría, sino el que recoja y concentre sus lumbres en el foco cordial de su corazón, que hará del haz disperso mágica hoguera, en torno de la cual canten y dancen las generaciones de España, cuyos anhelos, amores, venganzas, trabajos, alegrías y dulces tradiciones, sublimadas sean en el chisporroteo jocundo de la sagrada pira, fuego de la raza.

Falla fué así.

* * *

Hace ya muchos años, un viejo escritor, de aquellos a quienes se llamaba entonces, esta vez con razón, maestro de periodistas, nos dijo: «Oiga usted. Me recomienda un amigo desde París a un

muchacho músico que desea darse a conocer en su tierra: es español, creo que andaluz, y toca el piano. Según mi amigo el de París, muy bien. Dará mañana un concierto en el Ateneo. Ya sabe usted que a mí la música no me... ¿Querrá usted ir? Se lo agradeceré, y aún más si mañana le «hace» usted una cosita en *El Universo*... Y con eso todos quedaremos satisfechos: el que me lo recomienda, yo, que cumpliré con él..., y usted, que quedará bien conmigo... Por cierto—añadió—que aunque no le he podido recibir, le atibé desde mi despacho cuando vino a casa a traerme la carta. Y no sé, no sé. Tiene una fachusca, el pobre...»

Asistimos al concierto. El pobre de la fachusca era Manuel de Falla, y aquél, nuestro primer contacto con tan extraordinaria criatura. Su concierto fué un éxito cordial. La memoria, que no nos hace aún demasiadas trastadas, nos niega hoy el traer aquí el programa de la fiesta. Únicamente recordamos que hubo, junto a obras de aquel mozo, de sorprendente color y sabor hispanos, algo de Schumann, en cuya traducción puso el pianista de la fachusca tal calidad y emoción tan profunda, que, de esto sí nos acordamos bien, se humedecieron nuestros ojos. Eran los días románticos y nobles de la mocedad...

¿Para qué vamos a decir que nos pareció aquel joven, físicamente insignificante, un músico genial? Ya lo ha «dicho» él.

Y hace poco, al cabo de cuarenta años, Manuel de Falla ha vuelto a suscitar en nuestros ojos, cansados ya, lágrimas nuevas...